

y gané el camino de Chinón. Por la primera vez en mi vida podía detenerme bajo un árbol ó marchar lentamente á mi gusto, sin que nadie me dijese nada. Para un pobre ser oprimido por los diferentes despotismos que poco ó mucho pesan sobre todos los jóvenes, el primer uso del libre albedrío, aunque ejercido en cosa sin importancia, lleva al alma no sé qué misteriosa expansión. Muchas razones se reunieron para hacer de ese día una fiesta llena de encanto. Mis paseos, en mi infancia, no me habían conducido más allá de una legua fuera de la ciudad, ni los que di en París me habían enseñado nada sobre las bellezas de la naturaleza campestre. Sin embargo, de los primeros recuerdos de mi vida me quedaba el sentimiento de lo bello que se respira en el paisaje de T'ours, con el cual me había familiarizado. Aunque la poesía de aquellos sitios era completamente nueva para mí, yo era exigente á mi modo, como sucede á los que, sin tener la práctica de un arte, se han formado de antemano un ideal. Para ir al castillo de Frapesle, los viajeros á pie ó á caballo abrevian el camino pasando por las landas llamadas de Carlomagno, tierras baldías situadas en la meseta de la planicie que separa la cuenca del Cher de la del Indre, y por las cuales va un camino de atajo que empieza en Champy. Estas llanuras arenosas, que durante una legua entristecen el ánimo del viajero, conducen por un sendero situado en el bosque al camino de Saché, nombre del concejo de que depende Frapesle; este camino, que desemboca en el de Chinón, más allá de Ballán, se prolonga por una pradera poco accidentada hasta el país de Artanne. Allí se descubre un valle que comienza

en Montbazón y acaba en el Loira, y parece surgir, bajo los castillos cubiertos sobre aquellas dobles colinas, una magnífica capa de esmeraldas, en el fondo de la cual el Indre se desliza con movimientos serpentinos. Al ver este sitio encantador se apoderó de mí una extrañeza voluptuosa, que había preparado la monotonia de las landas y la fatiga del camino. Si aquella mujer, la flor de su sexo, habitaba un lugar en el mundo, ¿no tenía que ser este? Ante tal pensamiento me apoyé contra un nogal, bajo el cual desde aquel día reposo cuantas veces vuelvo á mi querido valle. Bajo este árbol, confidente de mis pensamientos, me he interrogado acerca de los cambios que he sufrido durante el tiempo que ha pasado desde el día que partí. Ella vivía allí; mi corazón no me engañaba; el primer castillo que veía en la pendiente de una colina era su morada. Cuando me senté bajo el nogal, el sol del mediodía se reflejaba en las pizarras de su tejado y en los cristales de sus ventanas. Su falda de percal era el punto blanco que distinguía en sus viñas bajo un cenador. Ella era, como sabes ya, sin saber nada aún, EL LIRIO DE AQUEL VALLE, en el que crecía para el cielo, llenándolo con el perfume de sus virtudes. El amor infinito, sin otro alimento que un objeto apenas entrevisto, pero que llenaba mi alma, lo encontraba representado por aquella larga cinta de agua que resplandecía al sol entre dos verdes márgenes, por aquellas hileras de álamos que adornaban con sus móviles encajes aquel valle de amor, por los bosques de encinas que avanzaban entre las viñas sobre ladéras que el río rodeaba de diferentes formas, y por esos horizontes que

huyen al aproximarnos. Si quieres ver la naturaleza bella y virgen como una prometida, ve allí un día de primavera; si quieres curar las sangrientas heridas de tu corazón, vuelve en los últimos días del otoño: en la primavera el amor bate allí sus alas en pleno cielo; en el otoño se piensa en los que ya no existen. El pulmón enfermo respira un fresco bienhechor; la vista reposa sobre espesuras doradas, que comunican al alma sus apacibles dulzuras. En aquel momento los molinos situados en las caídas del Indre daban voz á aquel valle que vive; los álamos se balanceaban como riendo; ni una nube en el cielo; cantaban los pájaros, chirriaban las cigarras... todo era allí melodía. No me preguntes ya más por qué amo á Turena. No la amo ni como se ama la cuna, ni como se ama un oasis en el desierto: la amo como un artista ama el arte; la amo menos que te amo; pero sin Turena tal vez yo no viviría. Sin saber por qué, mis ojos se fijaban siempre en aquel punto blanco, en la mujer que brillaba en aquel vasto jardín como brilla en medio de los verdes matorrales la campanilla del convólulus, que se marchita si se la toca. Descendí, con el alma conmovida, al fondo de aquella canastilla, y pronto vi una aldea que la poesía que me dominaba me hizo encontrar sin igual. Figúrate tres molinos situados entre islas graciosamente recortadas, coronadas de algunos bosquecillos, en medio de una pradera de agua, porque ¿qué otro nombre dar á esas vegetaciones acuáticas tan vivas, tan ricas de color, que tapizan el río, surgen sobre su superficie, ondulan con ella obedeciendo á los caprichos y plegándose á las tempestades del río azotado por las ruedas

de los molinos? Aquí y allá se levantan masas de rocas, contra las cuales se rompe la corriente formando cintas en que brilla el sol, y los amarilis, los nenúfares, los lirios acuáticos, los juncos y las espadañas decoran las orillas con sus magníficas tapicerías. Un puente tembloroso, compuesto de vigas podridas, cuyas barandillas, cubiertas de hierbas vivaces y de aterciopelados musgos, se inclinan, pero no caen sobre el río, redes de pescador, el canto monótono de un pastor, los patos que vagan entre las islas ó sacuden sus plumas sobre la gruesa arena que arrastra el Loira; los arrieros, con el gorro echado sobre la oreja, ocupados en cargar sus mulas, cada uno de estos detalles daba á esta escena una novedad sorprendente. Figúrate más allá del puente dos ó tres granjas, un palomar, tórtolas, una treintena de chozas separadas por jardines cercados con vallas de enredaderas, jazmines y clemátidas; después estiercol florido delante de todas las puertas, gallinas y gallos por los caminos... he aquí Pont-de-Ruán, linda aldea dominada por una iglesia llena de carácter, una iglesia del tiempo de las Cruzadas, como las que los pintores buscan para sus cuadros. Rodea este conjunto de añosos nogales, de jóvenes álamos de hojas color oro pálido; pon graciosas construcciones en medio de anchas praderas donde la mirada se pierde bajo un cielo cálido y vaporoso, y te habrás formado una idea de uno de los mil puntos de vista de este hermoso país. Seguí el camino de Saché por la margen izquierda del río, observando los detalles de las colinas que accidentan la otra orilla. Al fin llegué á un parque poblado de árboles seculares, que me indicó la proximidad del camino de Frapesle.

Llegué precisamente cuando la campana llamaba á almorzar. Después del almuerzo, mi huésped, no sospechando que yo hubiese ido desde Tours á pie, me hizo recorrer las cercanías de su posesión, desde la cual pude contemplar el valle bajo todas sus formas. Mis ojos fueron atraídos hacia el horizonte por la bella cinta de oro del Loira, donde, entre los vapores, las velas dibujaban fantásticas figuras que huían llevadas por el viento. Subiendo una cuesta admiré por primera vez el castillo de Azay, diamante tallado en facetas, laminado por el Indre y montado sobre pilotes cubiertos de flores. Luego vi en el fondo del valle las masas románticas del castillo de Saché, melancólica mansión llena de armonías demasiado graves para las gentes superficiales y caras á los poetas de alma dolorida. También yo he amado más tarde el silencio, los grandes árboles nudosos y el no sé qué misterioso que reina en aquel valle solitario. De pronto mis ojos encontraron en la pendiente de una colina cercana aquel castillito escogido por mi primera mirada, y me detuve contemplándolo.

—¡Oh!—me dijo mi huésped, leyendo en mis ojos la expresión de uno de esos deseos que á los veinte años se manifiestan tan ingenuamente,—adivina usted desde lejos una mujer bonita, lo mismo que los perros huelen la caza.

No me gustó esta comparación, pero le pregunté el nombre del castillo y el de su propietario.

—Es el castillo de Clochegourde,—me dijo,—una bonita casa perteneciente al conde de Mortsauf, representante de una familia histórica en Turena, cuya for-

tuna data de Luis XI y cuyo nombre indica la aventura á que debe sus armas y su lustre. Desciende de un hombre que sobrevivió á la horca; así los Mortsauf llevan, *en campo de oro, una cruz negra con una flor de lis de oro en el centro*, con la divisa: *Dios salve al rey nuestro señor*. El conde vino á establecerse á este dominio á su vuelta de la emigración: el castillo pertenece á su esposa, que fué la señorita de Lenoncourt, perteneciente á la casa de Lenoncourt-Givry, que va á extinguirse, porque la señora de Mortsauf es hija única. Los pocos bienes de esta familia contrastan tan singularmente con el lustre histórico de sus nombres, que por orgullo, ó tal vez por necesidad, permanecen siempre en Clochegourde y no ven á nadie. Hasta ahora su adhesión á los Borbones podía justificar su aislamiento, pero dudo mucho que la vuelta del rey cambie su manera de vivir. Cuando vinieron á establecerse aquí el año pasado, fué á hacerles una visita de cumplido; me la devolvieron y me invitaron á comer. El invierno nos ha separado durante algunos meses: luego los acontecimientos políticos han retardado nuestra vuelta, pues hace muy poco tiempo que estoy en Frapesle. La señora de Mortsauf es una mujer que podría ocupar en todas partes el primer lugar.

—¿Va con frecuencia á Tours?

—Nunca. Pero...—añadió rectificándose—sí, sí. Últimamente ha ido, al pasar el duque de Angulema, que se mostró muy cariñoso y amable con el señor de Mortsauf.

—¡Es ella!—exclamé.

—¡Ella! ¿quién?

—Una mujer de hombros hermosísimos.

—¡Oh! se encuentran en Turena muchas mujeres que tienen hombros hermosos—repuso riendo;—pero, si no está usted cansado, podemos pasar el río y subir á Clochegourde, donde podrá reconocer esos hombros.

Acepté, no sin ruborizarme de placer y de vergüenza. Á eso de las cuatro llegamos al castillo que acariciaban mis ojos hacía bastante tiempo. Aquella construcción, que hace un buen efecto en el paisaje, es realmente modesta. Tiene cinco ventanas en cada frente; cada una de las que terminan la fachada, expuesta al mediodía, se adelanta cerca de dos toesas, artificio de arquitectura que simula dos pabellones y da gracia al edificio: la de enmedio sirve de puerta, y por una doble escalinata se baja á los jardines, que se extienden hasta una pradera situada á lo largo del Indre. Aunque un camino vecinal separa esta pradera de la última terraza, sombreada por una calle de acacias y árboles del cielo, este camino parece formar parte de los jardines, encajado como está entre la terraza, de un lado, y una cerca á la manera normanda, del otro. Las rampas, bien calculadas, dejan bastante distancia entre el río y la habitación, para salvar los inconvenientes de la vecindad del agua sin quitar lo que tiene de agradable. Bajo la casa se encuentran las cuadras, las cocheras y las cocinas, cuyas diversas aberturas dibujan bellas arcadas. Los techos están graciosamente contorneados en los ángulos y bellamente esculpidos con ramilletes de color plomo en las cornisas; el tejado, descuidado sin duda durante la revolución, está cargado de ese óxido producido por los musgos rojizos que crecen sobre las casas expuestas al

mediodía. La puerta vidriera de la galería está coronada por una media naranja donde se ve esculpido el escudo de los Blamont-Chauvry: *cuartelado de gules con un palo de vero, flanqueado de dos manos apalmadas de encarnación y de oro, con dos lanzas de sable puestas á manera de cheurrón*. La divisa: *¡Mírenme y no me toquen!* me sorprendió en extremo. Los soportes, que los forman un grifo y un dragón de gules con cadenas de oro, hacen, esculpidos, un bonito efecto. La revolución arrancó la corona ducal y la cimera, que se componía de una palmera de sinople con frutos de oro. Senart, secretario del comité de Salud pública, era bailío de Saché en 1791, lo que explica estas devastaciones.

Tales disposiciones dan una forma elegante á este castillo, labrado como una flor y que parece no pesar sobre el suelo. Visto desde el valle, el piso bajo parece el principal; pero del lado del patio está al mismo nivel, con una larga avenida enarenada, dando sobre una terraza adornada de macetas de flores. Á derecha é izquierda las viñas, los cercados y las tierras de labor plantadas de nogales, descendiendo rápidamente, envuelven la casa con sus espesuras y llegan hasta las orillas del Indre, que en este sitio están orladas de bosquecillos dispuestos por la misma naturaleza. Subiendo por el camino que costea á Clochegourde, admiraba estas masas tan bien dispuestas y respiraba una atmósfera cargada de felicidad. ¿Tiene, pues, la naturaleza moral, como la naturaleza física, sus conmociones eléctricas y sus rápidos cambios de temperatura? Mi corazón palpita violentamente previendo la proximidad de acontecimientos secretos que debían modificarle para siempre,

como los animales se regocijan previendo la llegada del buen tiempo. Aquel día, tan importante en mi vida, no careció de ninguna de las circunstancias que podían solemnizarle. La naturaleza se había ataviado como una mujer que va al encuentro de su bien amado; mi alma había oído su voz por primera vez; mis ojos la habían admirado tan fecunda, tan variada como me la representara mi imaginación en mis sueños de colegio, de los cuales te he dicho sólo algunas palabras, insuficientes para explicarte su influencia, pues fueron una especie de Apocalipsis en que mi vida fuéme predicha de un modo figurado, y en que cada acontecimiento infeliz ó venturoso estaba representado por imágenes extrañas, visibles tan sólo para los ojos del alma. Atravesamos un primer patio rodeado de los edificios necesarios para las explotaciones rurales, una granja, un hogar, establos, cuadras. Advertido por los ladridos de un perro, un criado salió á nuestro encuentro, y nos dijo que el señor conde había partido para Azay por la mañana, que debía volver muy pronto, y que la señora condesa estaba en casa. Mi huésped me miró. Yo temblé ante el pensamiento de que no quisiera ver á la señora de Mortsauf en ausencia de su marido; pero dijo al criado que nos anunciase. Arrastrado por una ansiedad de niño, me precipité en la larga antesala que atraviesa la casa.

—Entren ustedes, señores—dijo entonces una voz argentina.

Aunque la señora de Mortsauf no había pronunciado más que una palabra en el baile, reconocí su voz, que penetró en mi alma y la llenó, como un rayo de sol llena y dora el calabozo de un prisionero. Pensando que

podría recordar mis facciones, quise huir, pero ya no había tiempo: la condesa acababa de aparecer en el umbral de la puerta, y nuestros ojos se encontraron. No sé cuál de los dos enrojeció más vivamente. Bastante turbada para decir una palabra, volvió á ocupar su asiento ante un bastidor de bordar, después que el criado nos hubo acercado dos sillas; fingió que concluía su trabajo á fin de dar algún pretexto á su silencio, contó algunos puntos, y al fin, dulce y altiva á la par, se dirigió al señor de Chessel preguntándole á qué feliz circunstancia debía su visita. Aunque deseando saber la verdad sobre mi aparición, no nos miró, sus ojos estuvieron constantemente fijos en el río; pero por la manera que tenía de escuchar, se hubiera dicho que, al igual que las ciegas, sabía reconocer las agitaciones del alma en las imperceptibles inflexiones de la voz. Y así era en verdad. El señor de Chessel dijo mi nombre é hizo mi biografía. Pocos meses antes había llegado á Tours, adonde mis padres me trajeron cuando la guerra amenazó á París. Hijo de la Turena, y desconocedor de mi país, veía en mí un joven debilitado por trabajos inmoderados, enviado á Frapesle para divertirse, y que quería visitar su tierra, adonde venía por primera vez. No le había referido mi viaje desde Tours á Frapesle hasta que estuvimos cerca del castillo, y temiendo por mi salud, ya débil, se había permitido entrar en Clochegourde, creyendo que allí se me dejaría descansar. El señor de Chesnel decía la verdad; pero las casualidades felices parecen tan buscadas, que la señora de Mortsauf conservó alguna desconfianza y dirigió hacia mí sus ojos fríos y severos, que me hicieron

bajar los párpados, tanto por no sé qué sentimiento de humillación, como por ocultar las lágrimas que temblaban en mis pestañas. La imponente castellana vió mi frente bañada en sudor; tal vez adivinó mis lágrimas, porque me ofreció todo lo que pudiera necesitar, manifestando una bondad consoladora que me devolvió la palabra. Ruboricéme como una niña cogida en falta, y, con voz balbuciente como la de un viejo, respondí negativamente expresando mi agradecimiento.

—Todo lo que deseo—le dije alzando hasta ella los ojos, que por segunda vez se encontraron con los suyos, aunque sólo durante un momento tan rápido como un relámpago,—es que me permita usted descansar; estoy tan rendido por la fatiga, que no podría dar ni un solo paso.

—¿Acaso desconfía usted de la hospitalidad de nuestro hermoso país?—me preguntó; y volviéndose á su vecino, añadió:—¿Me concederá usted la dicha de comer en Clochegourde?

Dirigí á mi protector una mirada en la que brillaban tantas súplicas, que se decidió á aceptar aquella proposición, cuya fórmula exigía una negativa. Si la costumbre de sociedad permitía al señor de Chessel distinguir estos matices, yo, joven sin experiencia, creí tan firmemente en la unión de la palabra y el pensamiento de una mujer hermosa, que me sorprendí mucho cuando, por la noche, al regresar á su casa, me dijo mi huésped:

—Me he quedado porque no se muriera de deseos; pero si no arregla usted las cosas, tal vez me haya malquistado con mis vecinos.

Este *si no arregla usted las cosas* me hizo meditar

mucho tiempo. Si yo agradaba á la señora de Mortsaut, ésta no podía querer mal al que me había introducido en su casa. El señor de Chessel me suponía, pues, el poder de interesarla, y esta explicación que yo me daba corroboró mi esperanza en el momento en que más necesidad tenía de socorro.

—Me parece difícil—respondió mi huésped á la invitación de la condesa;—mi esposa nos espera.

—Ella lo tiene á usted siempre—repuso la condesa—y podemos avisarle. ¿Está sola?

—La acompaña el señor abate de Quelús.

—Pues bien—dijo levantándose para llamar,—comen ustedes con nosotros.

Esta vez el señor de Chessel la creyó franca y me dirigió una mirada de felicitación. Desde que tuve la seguridad de permanecer durante una tarde entera debajo de aquel techo, me creí verdaderamente en la gloria. Para muchos seres desgraciados, mañana es una palabra llena de esperanzas; pero yo pertenecía al número de los que no tienen ninguna fe en el porvenir, y cuando contaba con algunas horas mías, las dedicaba exclusivamente á mis ideas voluptuosas. La señora de Mortsaut empezó á hablar del país, de las recolecciones y de las viñas, conversación á la cual era yo extraño. En una señora de la casa, esta manera de obrar acusa falta de educación ó desprecio para el que así pone fuera de su conversación; pero en la condesa fué consecuencia de su turbación. Si al principio creí que afectaba tratarme como á un niño; si envidié el privilegio de los hombres de treinta años, que permitía al señor de Chessel conversar con su vecina de asuntos

30894

graves, de los que nada comprendía yo; si sentí cierto despecho diciéndome que todo era para él, algunos meses después supe cuán significativo es el silencio de una mujer y cuántos pensamientos oculta una conversación difusa. Traté primero de colocarme cómodamente en el sillón, y luego reconocí las ventajas de mi posición, dejándome dominar por el encanto de escuchar la voz de la condesa. El soplo de su espíritu se desarrollaba en los repliegues de las sílabas, como el sonido se divide bajo las llaves de una flauta, y ondulaba expirante en el oído, precipitando en él la acción de la sangre. Su manera de decir las terminaciones en *i*, se parecía al canto de un pájaro; pronunciaba la *ch* como si fuera una caricia, y su modo de atacar la *t* anunciaba el despotismo del corazón. Extendía así, sin saberlo, el sentido de las palabras, y arrastraba insensiblemente el alma á un mundo sobrenatural. ¡Cuántas veces le he oído seguir una discusión que podía evitar! ¡Cuántas veces me he hecho reprender injustamente por oír esos conciertos de la voz humana, por aspirar el aire que salía de sus labios cargado con su alma, por apagar aquella luz hablada con el ardor que hubiera puesto en estrechar á la condesa sobre mi pecho! ¡Qué canto de alegre golondrina cuando refal! ¡Qué voz de cisne llamando á su hembra cuando hablaba de sus pesares! La desatención de la condesa me permitió examinarla. Mi mirada se deleitaba acariciándola, rodeaba su talle, besaba su pie, se deslizaba entre los bucles de sus cabellos. Sin embargo, me dominaba un terror que comprenderán fácilmente los que hayan experimentado en su vida las alegrías ilimitadas de una pasión verda-

dera. Tenía miedo de que sorprendiese mis ojos fijos en el sitio de sus hombros que tan ardientemente había besado; este temor aumentaba la tentación; sucumbí y los miré. Mis ojos desgarraron la tela y volví á ver el el lunar que marcaba el nacimiento de la hermosa línea que dividía su espalda, mosca perdida en leche que desde la noche del baile resplandecía para mí en esas tinieblas en que se mece el alma de los jóvenes de imaginación ardiente y de vida casta.

Puedo dibujarte los rasgos principales que el rostro de la condesa ofrecía á las miradas; pero el dibujo más correcto, el color más ardiente, nada expresarían aún. Su rostro es uno de esos cuyo retrato exige al artista que sabe apoderarse del reflejo de los fuegos interiores y reproducir ese vapor luminoso que la ciencia niega, que la palabra no traduce, pero que un amante ve. Sus cabellos, finos y abundantes, la hacían sufrir con frecuencia, y sus sufrimientos eran sin duda producidos por súbitos arrebatos de sangre á la cabeza. Su frente, encorvada, prominente como la de Joconda, parecía llena de ideas inexpresadas, de sentimientos contenidos, de flores sumergidas en aguas amargas. Sus ojos verdosos, sembrados de puntos oscuros, estaban siempre tristes; pero si se trataba de sus hijos, si se le escapaban esas vivas efusiones de alegría ó dolor, tan raras en la vida de las mujeres resignadas, entonces aquellos ojos lanzaban una luz sutil que parecía inflamarse en las fuentes de la vida y que debía agotarlas, relámpago sombrío que me había arrancado lágrimas cuando su desdén formidable cayó sobre mí, y que le bastaba para hacer bajar la vista á los más atrevidos. Una nariz griega,

como dibujada por Fidias, y reunida por un doble arco á unos labios elegantemente sinuosos, espiritualizaba su rostro de forma oval, cuya tez, comparable al tisú de las camelias blancas, se animaba en las mejillas con bellos tonos sonrosados. Su robustez no destruía ni la gracia de su talle ni la voluptuosa redondez de sus formas, que permanecían bellas dentro de un magnífico desarrollo. Comprenderás este género de perfección cuando sepas que, uniendo al antebrazo los deslumbrantes tesoros que me habían fascinado, parecía que no debían formar ningún pliegue. La parte inferior de su cabeza no presentaba ninguno de esos hoyos que hacen que la nuca de ciertas mujeres parezca semejarse á troncos de árboles; sus músculos se dibujaban dulcemente, y por todas partes sus líneas se redondeaban en curvas tan desesperantes para la mirada como para el pincel. Un ligero vello moría á lo largo de sus mejillas, reteniendo la luz y ofreciendo con ella tonos sedosos. Las orejas pequeñas y bien contorneadas eran, según su expresión, orejas de esclava ó de madre. Y en efecto, más tarde, cuando ya me pertenecía su corazón, me decía: «Ahí está el señor de Mortsauif». Y tenía razón; entre tanto, yo nada oía, y eso que tengo excelente oído. Sus brazos eran hermosos; sus manos, de dedos afilados, eran largas, y, como en las estatuas antiguas, las yemas de sus dedos pasaban el nivel de las uñas, sonrosadas y de dulce curvatura. Te disgustaría dando á los talles rectos la ventaja sobre los talles redondos, si tú no fueses una excepción de la regla. El talle redondo es un signo de fuerza, y las mujeres así formadas son imperiosas, altivas, más voluptuosas que tiernas; por el

contrario, las mujeres de talle recto son abnegadas, llenas de ternura, inclinadas á la melancolía; son más mujeres que las otras. El talle recto es fino y flexible; el redondo inflexible y celoso. Ya sabes como era. Tenía el pie de una mujer aristocrática, ese pie que anda poco, que se cansa en seguida y que regocija la vista cuando se deja ver entre los pliegues de la falda. Aunque era madre de dos niños, no he encontrado en su sexo una persona más virgen. Su aspecto denotaba una gran sencillez, unida á una expresión soñadora que ejercía un atractivo poderoso, como lo ejerce sobre el pintor la figura en que su genio ha traducido un mundo de sentimientos. Sus cualidades visibles no pueden, por otra parte, expresarse sino por medio de comparaciones. Recuerda bien el perfume casto y silvestre de aquella rama de brezo que cogimos volviendo de la villa Diodati, cuya flor negra y rosada tanto alabaste, y adivinarás cómo aquella mujer podía ser elegante lejos de la sociedad, natural en sus expansiones, distinguida en las cosas que hacía suyas, es decir, á la vez negra y rosada. Su cuerpo tenía la frescura que admiramos en las hojas recién desplegadas; su talento la profunda concisión del salvaje: era, á la vez, niña por el sentimiento, grave por el dolor, matrona y chiquilla; así es que, sin necesidad de artificio, agradaba por su manera de sentarse, de levantarse, de callar ó de lanzar una frase. Habitualmente concentrada, atenta como el centinela sobre quien descansa la salvación de todo el ejército y que espía el peligro y evita la desgracia, escapábasele á veces sonrisas que revelaban una naturaleza alegre, sepultada bajo el continente severo exigido por su vida. Su coquetería



se había convertido en misterio: hacía soñar en vez de inspirar la atención galante que solicitan las mujeres, y dejaba distinguir su primitiva naturaleza de llama viva, sus primeros sueños azules, como se ve el cielo por los claros de las nubes. Esta revelación involuntaria hacía meditar á los que no comprendían que había allí una lágrima interior evaporada por el fuego de los deseos. La sobriedad de sus gestos, y sobre todo, de sus miradas (pues exceptuando á sus hijos no miraba á nadie), daba una increíble solemnidad á lo que decía ó hacía, cuando hacía ó decía algo con ese aire que saben tomar las mujeres en el momento de comprometer su dignidad con una confesión. Aquel día la señora de Mortsauif vestía un traje color de rosa con rayas menudas, un cuello blanco de ancho dobladillo, un cinturón negro y botinas del mismo color. Sus cabellos, sencillamente torcidos sobre la cabeza, estaban sostenidos por un peine de concha. Tal es el imperfecto boceto prometido; pero la constante emanación de su alma sobre los sentidos, esa esencia nutritiva que se derrama á oleadas, como emite el sol su luz; pero su naturaleza íntima, su actitud en las horas serenas, su resignación en los momentos de tempestad, todos esos vestidos de la vida en que el carácter se despliega, obedecen, como los cambios atmosféricos, á circunstancias inesperadas y fugitivas que no se asemejan entre sí sino por el fondo en que se destacan y cuya pintura estaría necesariamente confundida con los acontecimientos de esta historia, verdadera epopeya doméstica, tan grande á los ojos del sabio como lo son las tragedias á los de la multitud, y cuyo relato te atraerá, tanto por la parte que en ella tomé, como por

semejanza con un gran número de destinos femeniles.

Todo en Clochegourde llevaba el sello de una elegancia verdaderamente inglesa. El salón en que se hallaba la condesa, estaba enteramente ensamblado y pintado de un color gris á dos matices; la chimenea tenía por adorno un reloj contenido en un trozo de caoba coronado por una copa, y dos grandes vasos de porcelana blanca con filetes de oro, de los que se elevaban jazmines del Cabo. Sólo había un quinqué sobre la consola; enfrente de la chimenea se veía un juego de chaquete. Dos anchos alzapaños de algodón retenían las cortinas de percal blanco sin franjas, y fundas grises bordadas de galón verde cubrían la sillería: el bordado tendido en el bastidor de la condesa decía con bastante claridad por qué estaba así tapado el mueblaje. Esta sencillez lindaba con la grandeza. Ninguna habitación, entre las que después he visto, me ha causado impresiones más fecundas, más floridas que las que experimenté en aquel salón de Clochegourde, tranquilo y retirado como la vida de la condesa, y en el cual se adivinaba la regularidad conventual de sus ocupaciones. La mayor parte de mis ideas, aun las más audaces en ciencia ó en política, han nacido allí, como los perfumes emanan de las flores, pues allí reverdecía la planta desconocida que arrojó sobre mi alma su polen fecundante; allí brillaba la luz solar que desarrolló mis buenas cualidades y secó las malas. Desde la ventana, la mirada abarcaba el valle y la colina, donde se levantaba Pont-de-Ruán, hasta el castillo de Azay, siguiendo las sinuosidades del costado opuesto que cortan las torres de Frapesle; luego la iglesia, la aldea y el viejo castillo de Saché, cuyas

masas dominan la pradera. En armonía con esta vida reposada, y sin otras emociones que las producidas por la familia, aquellos lugares comunicaban al alma su serenidad. Si la hubiera encontrado por primera vez allí entre el conde y sus hijos, en lugar de hallarla espléndida y deslumbrante con su traje de baile, seguramente que no le habría robado aquel delirante beso, cuyos remordimientos sentía entonces creyendo que destruiría el porvenir de mi amor. No; en las negras disposiciones en que la desgracia me había colocado, habría doblado la rodilla, besado sus pies, regándolos con mis lágrimas, é ido á arrojar me al Indre. Pero después de haber aspirado el fresco jazmín de su tez y bebido la leche de aquella copa llena de amor, tenía en el alma el gusto y la esperanza de las voluptuosidades humanas; quería vivir y esperar la hora del placer como espía el salvaje la hora de la venganza; quería subir á los árboles, recorrer las viñas, sumergirme en el río; quería tener por cómplices el silencio de la noche, la laxitud de la vida, el calor del sol, á fin de devorar la manzana deliciosa que había mordido ya. Si ella me hubiera pedido la flor que canta ó las riquezas escondidas por los compañeros de Morgán el Exterminador, hubiéraselos llevado para obtener las riquezas ciertas y la callada flor que deseaba. Cuando cesó el sueño en que me había sumergido la larga contemplación de mi ídolo, durante el cual un criado cambió con ella algunas palabras, oí que hablaba del conde. Entonces pensé que una mujer debía pertenecer solamente á su marido, y este pensamiento me dió vértigos. Luego se apoderó de mí una furiosa y sombría curiosidad de conocer al dueño de aquel tesoro.

Dos sentimientos me dominaron; el odio y el miedo: un odio que no conocía ningún obstáculo y que los medaba todos sin temerlos; un miedo vago, pero real, del combate, de su término, de ELLA, sobre todo. Presa de indecibles presentimientos, temía esos apretones de manos que deshonran, entreveía esas dificultades elásticas en que se estrellan las más rudas voluntades, y me daba miedo esa fuerza de inercia que hoy despoja á la vida social de los sacrificios que buscan las almas apasionadas.

—Ya está aquí el señor de Mortsauf—dijo la condesa.

Me enderecé sobre mis piernas como un caballo espantado; aunque este movimiento no se le escapó al señor de Chessel ni á la condesa, no me valió ninguna observación muda, gracias sin duda á la entrada de una niña como de seis años, que apareció gritando:

—¡Aquí está papá!

—¡Pero, Magdalena!—dijo su madre.

La niña tendió una mano al señor de Chessel, y me miró muy atentamente, después de haberme dirigido un saludo lleno de extrañeza.

—¿Cómo está la niña?—preguntó mi huésped á la condesa.

—Está mejor—respondió la madre acariciando la cabellera de la pequeña, sentada ya en su regazo.

Una pregunta del señor de Chessel me hizo saber que Magdalena tenía nueve años; demostré alguna sorpresa por mi error y vi que una nube de tristeza cubría la frente de su madre. Mi introductor me echó una de esas miradas significativas con que los hombres de

mundo nos dan una segunda educación: allí había sin duda una de esas heridas maternas cuyo apósito debe ser respetado. Delgada, pequeña con los ojos llenos de tristeza y la tez blanca como una porcelana bañada por la luz, Magdalena no habría podido vivir en la atmósfera de una ciudad. El aire del campo, los cuidados de que su madre la rodeaba, conservaban la vida en aquel cuerpo tan delicado como una planta nacida bajo los rigores de un clima extraño. Aunque no se semejava en nada á su madre, Magdalena parecía tener su alma, y esta alma la sostenía. Sus cabellos, ralos y negros, sus ojos hundidos, sus mejillas descoloridas, sus brazos enflaquecidos y su pecho hundido, anunciaban una lucha entre la vida y la muerte, lucha sin tregua, en la cual hasta entonces la condesa había alcanzado la victoria. Fingía contento, sin duda para evitar lágrimas á su madre; pero en ciertos momentos en que ésta no la observaba, su actitud se parecía á la de un sauce llorón. Se la habría tomado por una gitanilla hambrienta que llegaba mendigando, agotadas sus fuerzas, pero animosa y adorada para el público.

—¿Dónde se ha quedado Santiago?—le preguntó la madre besando la blanca raya que dividía sus cabellos en dos bandas semejantes á las alas de un cuervo.

—Viene con papá—respondió la niña.

En aquel momento entró el conde, acompañado de su hijo, á quien llevaba de la mano. Santiago, vivo retrato de su hermana, ofrecía los mismos síntomas de debilidad. Viendo aquellos dos niños macilentos y flacos al lado de una madre tan magníficamente bella, era imposible no adivinar las fuentes del dolor que laceraba

el corazón de la condesa y que le hacía callar uno de esos pensamientos que no tienen otro confidente que Dios, pero que dan á la frente terribles significaciones. Al saludarme, el señor de Mortsauf me dirigió esa mirada menos observadora que malévola del hombre cuya inquieta desconfianza proviene de su poca costumbre de manejar el análisis. Después de haberle dado á conocer la situación y de haberme nombrado, su mujer le dejó su lugar y nos abandonó. Sus hijos, cuyos ojos estaban fijos en los de su madre, como si los fascinase su luz, quisieron acompañarla, pero les dijo: «Quedaos, ángeles míos» y al mismo tiempo puso el dedo sobre sus labios. Ellos obedecieron, pero se velaron sus miradas. ¡Ahl! ¿qué no hubiera yo hecho por oírme llamar *querido*? Lo mismo que los niños, sentí frío cuando ella hubo salido. Mi nombre cambió las disposiciones del conde respecto á mí; su frialdad se trocó en político afecto, me dió pruebas de consideración y pareció que mi presencia le complacía. En otro tiempo mi padre había jugado un papel peligroso, aunque obscuro, en las conspiraciones legitimistas. Cuando todo se hubo perdido por el acceso de Napoleón á la cúspide del poder, se retiró, como otros muchos conspiradores secretos, á las dulzuras de la provincia y de la vida privada, soportando acusaciones tan duras como inmerecidas, salario inevitable de los conspiradores que arriesgan el todo por el todo y sucumben después de haber servido de eje á la máquina política. No sabiendo nada de la fortuna, de los antecedentes y del porvenir de mi familia, ignoraba igualmente las particularidades de que me hablaba el conde de Mortsauf. Sin embargo, si la

antigüedad del nombre, la más preciosa de un hombre á sus ojos, podía justificar aquella acogida que me dejó confuso, no supe hasta más tarde la verdadera razón. Por el momento, esta transición súbita me tranquilizó. Cuando los dos niños vieron la conversación entablada entre nosotros tres, Magdalena desprendió su cabeza de las manos de su padre, miró la puerta abierta y se deslizó fuera como una anguila; Santiago la siguió. Pronto se reunieron á su madre, pues oí sus voces y sus movimientos, semejantes al zumbido de las abejas en torno de la colmena.

Contemplé al conde tratando de adivinar su carácter, pues algunos rasgos principales me interesaron bastante para detenerme en el examen superficial de su fisonomía. Contando cuarenta y cinco años solamente, parecía aproximarse á los sesenta, tanto le había envejecido el gran naufragio con que terminó el siglo XVIII. La media corona que ceñía monásticamente la parte superior de su cabeza desprovista de cabellos, venía á morir en las orejas, acariciando las sienas con algunos mechones grises. Su rostro se parecía vagamente al de un lobo blanco que tuviera sangre en el hocico, pues su nariz aparecía encendida como la de un hombre cuya vida está alterada en sus principios, cuyo estómago está bastante debilitado y cuyos humores han sido viciados por antiguas enfermedades. Su frente chata, demasiado ancha para su rostro terminado en punta, y surcada transversalmente por arrugas desiguales, anunciaba las costumbres de la vida al aire libre y no las fatigas de la inteligencia, el peso de un infortunio constante y no los esfuerzos hechos para dominarle. Sus

pómulos, salientes y morenos en medio de los tonos pálidos de su tez, indicaban una naturaleza bastante fuerte para asegurarle una larga vida. Sus ojos claros, amarillos y duros, se fijaban como un rayo de sol de invierno, luminosos sin calor, inquietos sin pensamiento, desconfiados sin objeto. Su boca era violenta é imperiosa, y su barba larga y recta. Delgado y de elevada estatura, tenía el continente del gentilhombre que se apoya en un valor convencional y que ignora si es superior á los demás en virtud de un derecho ó sólo por un hecho. El descuido del campo le había acostumbrado á mirar con negligencia su exterior, y su traje era el del campesino en quien los labradores, así como los vecinos, no consideran sino la fortuna territorial. Su calzado era ordinario, y sus manos, ennegrecidas y nerviosas, demostraban que no se ponía guantes sino para montar á caballo y para ir el domingo á misa. Aunque diez años de emigración y diez de vida campestre habían influido sobre su físico, subsistían en él grandes vestigios de nobleza, y el más envidioso liberal, palabra que aun no era corriente, habría reconocido fácilmente en él la lealtad caballeresca y las convicciones inaccesibles del lector ordinario y acérrimo de *El Cuotidiano*, al mismo tiempo que admiraba al hombre religioso, apasionado por su causa, franco en sus antipatías políticas, incapaz de servir personalmente á su partido, muy capaz de perderle, y sin conocimiento en los asuntos de Francia. El conde de Mortsauf era, en efecto, uno de esos hombres rectos que no se prestan á nada y que lo obstruyen tercamente todo, buenos para servir con el arma al hombro en el puesto que se les designe, pero bastante